

Idea, que es un embrollado conjunto de noticias mal escogidas y mal compaginadas, de interesantes menudencias, de ilusiones falsas y fanáticas teorías. Pero no es justo aplicar todo el rigor de las reglas de la crítica á una obra trabajada con premura, á un simple catálogo de riqueza literaria y que el autor mismo presenta para dar á conocer, no lo que hizo, sino lo que debió hacer. Por otra parte, es raro encontrar reunidos en un mismo individuo el espíritu contemplativo y el talento de ejecución: Boturini estaba dotado por la naturaleza de todo entusiasmo y perseverancia necesarias para acumular los materiales que podían ilustrar las antigüedades del país; pero no tenía los tamaños que se requerían para poner manos á la obra.

CAPÍTULO VI.

Tezcucanos. — Su edad de oro. — Príncipes excelentes. — Declinacion de su monarquía.

El lector solo tendría nociones imperfectas de la civilización del Anáhuac, si nada supiese sobre los tezcucanos ó acolhuas, nación perteneciente á la misma gran familia de los aztecas, sus rivales en poder, y muy superiores á ellos en cultura intelectual y en organización política. Afortunadamente que contamos para ello con los recuerdos que nos dejó Ixtlilxochitl, descendiente directo de la familia real de Tezcuco, y que vivió en el siglo mismo de la conquista: reunía á las grandes oportunidades de recoger noticias, talento y actividad; y si bien su narración deja traslucir las pretensiones de quien quisiera revivir las ofuscadas glorias de una antigua y arruinada familia, es recomendado unánimemente por

la sinceridad é integridad, y le han seguido sin contradiccion cuantos escritores españoles han podido consultar sus manuscritos.¹ Yo me limitaré únicamente á hablar de las cosas notables de los dos reinados que forman lo que pudiera llamarse *la edad de oro de Tezcucó*; mas en cuanto á los hechos mas minuciosos, dejaré que cada lector juzgue de su probabilidad segun su fé histórica.

Los acolhuos vinieron al valle de México, como antes lo hemos dicho, al cerrarse el siglo XII; y construyeron su capital á la orilla oriental del lago de México, frente por frente de la ciudad de este nombre. De allí se extendieron gradualmente hácia el Norte, donde los detuvieron en su carrera los tepenacas, razas de su mismo origen, los cuales despues de vencer una resistencia desesperada, consiguieron quitar á los teztucanos su ciudad, matar á su rey y subyugar al reino entero.² Esto sucedia por el año de 1818. El príncipe Netzahualcoyotl, que entonces no tenia mas que quince años de edad, guarecido de las ramas de un árbol, presenció por sí mismo el asesinato de su padre,³ Su historia posterior está tan llena de peligros y aventuras nove-

1 Véase en el Post scriptum de este capítulo el juicio crítico de esta obra.

2 Véase el cap. 1º de esta introduccion, pág. 9.

3 Ixtlixochitl, Relaciones M. S. núm. 2. Idem hist. chich. M. S. cap. 19.

lescas, como la del famoso Scanderberg, ó la del jóven caballero.¹

A poco despues de haber huido del lugar de la muerte de su padre, cayó el príncipe tezcucano en manos de sus enemigos, á cuya capital fué conducido como un trofeo, para ser luego arrojado en un calabozo. Logró escaparse de allí, merced á la connivencia del gobernador de la fortaleza, antiguo servidor de su familia, quien se puso en vez del príncipe fugitivo, pagando con la vida aquel rasgo de noble lealtad. Al fin, gracias á la intercesion de la familia reinante en México, de la cual era aliado, obtuvo Netzahualcoyotl el permiso de retirarse á esta capital y en seguida á la suya propia, donde encontró un asilo en el palacio de sus abuelos. Durante ocho años vivió allí sin que le molestasen, entregado al estudio bajo la direccion del ayo que habia cuidado de su primera infancia, y que ahora procuró instruirle en todo lo que debia saber un príncipe.²

Trascurrido este tiempo, murió el usurpador tepaneca, y el imperio pasó á manos de su hijo, el feroz y suspicaz Maxtla. Luego que éste subió al

1 La historia del primero se cuenta con el talento que es propio de Simondi, en sus *Repúblicas Italianas*, cap. 79. Me parece casi inútil remitir al lector inglés á la *Historia de la rebelion de 1745*, por Chamber; obra que prueba cuán imperceptible es en la vida humana la línea que separa lo fantástico de lo real y verdadero.

2 Ixtlixochitl, Relaciones, M. S. núm. 10.

trono, se apresuró Netzahuacoyotl á pagarle el tributo de obediencia; pero el tirano se rehusó á recibir el humilde regalo de flores que trajo á sus plantas, y le volvió la espalda en presencia de los magnates de la corte. Uno de sus servidores, amigo del jóven príncipe, le aconsejó que se pusiese en salvo, ausentándose del palacio lo mas pronto posible, pues que corria riesgo su vida. El no perdió, pues, tiempo en alejarse de aquella corte inhospitalaria, y regresó á Tezcucó; pero el tirano Maxtla habia jurado su destruccion, porque veia con celos el talento naciente de su odiado rival, y la popularidad y favor de que progresivamente iba gozando entre sus antiguos súbditos.¹

Urdió, pues, una trama para cogerle en una fiesta nocturna; pero quedó frustrada merced á la vigilancia del tutor del príncipe, que ideó en engañar á los soldados poniendo en lugar de su pupilo una víctima que se le pudiese.² El burlado tirano se quitó entonces todo disfraz, y mandó á Tezcucó una fuerte partida de tropa, con órden de entrar en el palacio de Netzahualcoyotl, apoderarse de su persona y matarle en el sitio. El príncipe que, por la vigilancia de su ayo sabia ya el proyecto, en vez de huir como le aconsejaban, resolvió aguardar á sus

¹ Idem, idem, ubi supra. Idem, hist. chich. caps. 20, 24.

² Idem, hist. chich. cap. 25. El intento se logró substituyendo una persona de extraordinaria semejanza: recurso muy cómico, pero nada trágico, como luego lo conocerá el que haya leído dramas.

enemigos. Cuando estos llegaron, le encontraron jugando á la pelota en el patio de su palacio: recibióles cortesmente, y les invitó á que tomasen algun refresco y á descansar de su jornada. Entretanto que ellos se ocupaban en esto, él pasó á un salon contiguo, que no despertó ninguna sospecha, por estar abiertas las puertas de comunicacion. En el tránsito habia un incensario que soplaban algunos sirvientes, los cuales al pasar el príncipe, le envolvieron en nubes de incienso tan espesas, que le ocultaron á la vista de los soldados. Bajo este velo amigo consiguió escaparse por un tránsito secreto que comunicaba con un gran acueducto de tierra, hecho de mucho tiempo atras para conducir el agua á palacio:¹ allí permaneció hasta entrada la noche, en que al favor de la oscuridad se introdujo en los suburbios, y se refugió en la choza de un antiguo vasallo de su padre.

El monarca tapaneca, rabioso al ver frustradas todas sus tentativas, resolvió no descansar hasta realizarlas. Puso precio á la cabeza del real fugitivo: prometió á quien quiera que le presentase muerto ó vivo, la mano de una dama noble, y juntamente

¹ Era costumbre echar aromas en el incensario luego que entraba algun gran señor. « Echó en el bracero incienso y copal, que era uso y costumbre donde estaban los reyes y señores: cada vez que los criados entraban, con mucha reverencia y acatamiento echaban sahumerio en el bracero; y así con este perfume se oscurecia algo la sala » Ixtlilxochitl, Relaciones, M. S. núm. 11.

con ella una rica dote. Partidas de tropa armada recorrían el país en todas direcciones, habiendo llegado una de aquellas á entrar en la choza en que se había refugiado el príncipe, el cual consiguió escapar felizmente, ocultándose bajo un monton de hebras de maguey con que se iba á tejer una tela. No encontrándose ningun lugar seguro donde ocultarse, resolvió retirarse á las montañas y bosques que formaban el lindero de sus Estados y de la república de Tlaxcalan.¹

Allí sobrellevó una vida errante y miserable, expuesto á todas las inclemencias del tiempo, sepultado en los bosques y las cuevas, de donde salía de noche á satisfacer el hambre, y sobresaltado incessantemente por la actividad de sus perseguidores que no perdían sus huellas. Una ocasion se refugió entre un pequeño grupo de soldados que se le mostraron amigos, y que le ocultaron en un gran tambor, en torno del cual se pusieron á bailar. Otra ocasion iba á doblar la cumbre de una montaña, precisamente al mismo tiempo que sus enemigos la subían del lado opuesto; pero encontró á una manceba que estaba cegando *chia* (planta mexicana de cuya semilla se hacia mucho uso para las bebidas) y le rogó que le ocultase bajo los tallos que habia cortado. Cuando llegaron sus perseguidores, pre-

¹ Idem, Hist. Chich. M. S., cap. 26. Idem. Relaciones, M. S., núm. 11. Veytia, Hist. Antig., lib. 2, cap. 47.

guntaron á la mujer si habia visto pasar á un fugitivo, á lo que ella respondió tranquilamente que sí, y les señaló el camino que habia seguido. Tal era el afecto que se tenia á Netzahualcoyotl y á su familia, que no obstante las grandes recompensas ofrecidas al que lo entregase, jamas le delataron. Preguntóle una vez Netzahualcoyotl á un jóven pasajero que no le conocia, si denunciaria al príncipe si le encontrase en el camino.—No, respondió el otro.—¿Qué, ni por la mano de una hermosa dama, ni por su rica dote, lo entregariais?—El mancebo meneó la cabeza y se echó á reir.¹ Mas de una vez se sometieron sus fieles súbditos al tormento y aun á la pérdida de la vida, antes que descubrir el lugar de su retiro.²

Por gratas que fuesen estas pruebas de lealtad, su situacion era cada dia mas penosa; avivando cruelmente sus padecimientos, tener que presenciar los de los de sus compañeros de infortunio. “Abandonadme á mi suerte, les decia: ¿por qué exponéis vuestra vida por la de un hombre á quien la fortuna no se cansa de perseguir?” La mayor parte de los señores principales de Tezcucó, consultando con su

¹ Netzahualcoyotl le dijo « que si viese á quien buscaban, si lo iria á denunciar? respondió que no; tornándole á replicar, diciéndole que haria muy mal en perder una mujer hermosa y lo demas que el rey Maxtla prometia; el mancebo se rió de todo, no haciendo caso ni de lo uno ni de lo otro.» Ixtlilxochitl, Hist. Chich., M. S., cap. 27.

² Ibid, ubi supra et olivio. Ibid, Relaciones, M. S., núms. 11. Veytia, op. cit., lib. 2, caps. 47 y 48.

propio interes, habian abrazado por entonces el partido del tirano; pero algunos de ellos siempre fieles á su príncipe, habian preferido la proscripcion y aun la muerte antes que abandonarle en la desgracia.¹

Entretanto que esto pasaba, sus amigos de lejos se esforzaban por libertarle: la opresion de Maxtla y su ruinoso dominacion habian causado una alarma general en los Estados comarcanos que recordaban con tristeza y suspiraban por el suave gobierno de los tezcucanos. Formóse, pues, una liga, concertóse un plan de operaciones, y el día señalado para el levantamiento general se encontró Netzahualcoyolt á la cabeza de una fuerza bastante para hacer frente á sus adversarios los tepanecas. Trabóse al fin un combate en que estos últimos quedaron completamente derrotados, y á cuya consecuencia el príncipe victorioso entró en la capital despues de recibir en su tránsito los lisonjeros homenajes de sus gozosos súbditos, que le recibian no como á un proscrito fuera de la ley, sino como á su legítimo soberano. Netzahualcoyolt logró al fin sentarse en el trono de sus antepasados.

Poco tiempo despues unió sus fuerzas á la de los mexicanos que estaban profundamente disgustados de la arbitraria dominacion de Maxtla. Las potencias aliadas despues de una serie de sangrientos encuentros con las tropas del usurpador, le hicieron

1 Ixtlilxochil, subiupra. Veytia ubi supra.

replegarse á los muros de la capital: él huyó á los baños, de donde le sacaron para sacrificarle, segun las crueles ceremonias usadas por los aztecas. La ciudad real de Atzacozalco fué arrasada hasta los cimientos, y su devastado suelo quedó designado para que sirviese á todas las naciones de Anáhuac de mercado de esclavos.¹

A estos sucesos siguió la célebre alianza de las tres potencias de México, Texcuco y Tlacopan, de la que ya hemos hablado en uno de los capítulos precedentes² Dijimos tambien que los historiadores no están acordes en cuanto á los términos de la alianza; que los escritores de las dos primeras naciones vindican la supremacía para la suya respectiva, aunque todos convengan en que la de menos consideracion era la de Tlacopan, situadas lo mismo que las otras, á orillas del lago. En lo que no cabe duda es, en que los tres aliados siguieron unidos en todas las determinaciones y empresas, ya de paz, ya de guerra, hasta poco tiempo antes de la venida de los españoles.

La primera providencia de Netzayualcotl, luego que subió al trono, fué proclamar una amnistía general, porque su máxima favorita era que "un rey puede castigar, pero es indigna de él la venganza."³

1 Ixtlilxochitl, Hist. Chich. M. S., caps. 28, 31. Relaciones, núm. 11. Veytia, op. cit. lib. 2, caps. 51, 54.

2 Véase la página 11.

3 "Que venganza no es justo la procuren los reyes, sino castigar al que lo merecia." Ixtlilxochitl, M. S.

En el caso presente no solo no castigó, sino que lejos de esto perdonó generosamente á muchos nobles y rebeldes, y les confirió destinos de confianza é importancia. Semejante conducta era indudablemente la que dictaba la política, tanto mas cuanto que la defeccion de algunos de aquellos, mas se debia atribuir á miedo al usurpador, que á desafecto al príncipe legítimo; pero es preciso convenir en que solo las almas magnánimas son capaces de esos actos de política generosa.

El restaurado monarca luego que subió al trono procuró reparar los daños que habia causado el mal gobierno de los tepanecas, y crear, ó por lo menos reformar todos los ramos de la administracion. Dispuso un código de legislacion conciso, completo y tan adecuado á las necesidades de la época, que le adoptaron por suyo los otros dos miembros de la triple alianza. Estaba, empero, escrito con sangre y hacia á su autor digno mas del nombre de Draco, que del de Solon que han querido darle sus apasionados admiradores.¹ La humanidad es uno de los frutos preciosos de la civilizacion: solo cuándo esta se perfecciona procura el legislador evitar á los hombres el dolor aun cuando sea para castigar el crí-

1 Clavijero, Hist. de Mess., tom. 1º, pág. 247.

El código de Netzahualcoyotl constaba de ochenta leyes, de las cuales, segun Veytia, solo nos han llegado treinta y cuatro. (Op. cit. tom. III, pág. 224, nota.) Ixtlilxochitl refiere muchas de ellas en sus manuscritos.

men; solo entonces recurre á un sistema penal, cuyo objeto sea mas bien evitar el mal futuro, que castigar el que ya está hecho.¹

La pesada carga del gobierno la dividió en varias partes, que confió respectivamente á los consejos de guerra, hacienda y justicia. Este último con la autoridad suprema en todos los asuntos civiles y criminales, era el tribunal de apelacion de los inferiores, los cuales estaban obligados á darle cada ochenta dias cuenta exacta de sus procedimientos. En todas corporaciones se permitia á cierto número de simples ciudadanos, tomar asiento entre los nobles y los funcionarios propietarios. Habia además otro cuerpo, un consejo de estado que ayudaba al monarca en el despacho de los negocios, y le daba su dictámen en los asuntos de importancia. Sus miembros pertenecian á la primera nobleza; eran en número de catorce y tenian la prerogativa de sentarse á la mesa del monarca.²

Habia, finalmente, otro cuerpo extraordinario llamado el consejo de música; pero cuyo instituto era

1 En ninguna parte se explanan mas claramente estos principios que en los escritos de nuestro compatriota adoptivo el Dr. Leiber, que trata mas ó menos de la teoría de la legislacion: tales escritos no podian ser producciones mas que de nuestro siglo.

2 Ixtlilxochitl. His. Chich. M. S., cap. 36. Veytia, op. cit., lib. 3, cap. 7.

Segun Zurita, los jueces principales que se reunian cada veinte dias, formaban tambien una especie de córtes, que consultaban al rey en los grandes negocios de estado. Véase su Relacion, p. 106 y tambien la p. 30.

enteramente diverso del que indicaba su nombre, pues tenia á su cargo el adelanto de todas las ciencias y las artes. Toda obra sobre la astronomía, la cronología, la historia ó cualquiera otra ciencia, tenia que ser revisada por aquel cuerpo antes de su publicacion. De poca importancia debe haber sido esta censura previa en lo concerniente á la historia, porque según el cruel código de Netzahualcoyotl, era crimen de muerte la alteracion deliberada de la verdad; á lo que se agrega que muy torpe debia de ser el historiador tezcucano que no fuese capaz de eludir la acusacion de mentiroso, por medio del denso velo de los geroglíficos. El cuerpo de que vamos hablando, formado de todas las personas instruidas del reino, sin atender á su clase ó condicion, tenia á su cargo vigilar sobre todas las producciones de la industria. Decidia de la aptitud para ejercer el magisterio, vigilaba sobre el cumplimiento de las ofertas que los preceptores hacian al público, castigándoles severamente cuando no las cumplian; establecia exámenes para juzgar del aprovechamiento de los discípulos; en suma, entendia en todo lo que mira á la educación pública. Habia dia determinado en que se le leian por los autores mismos composiciones históricas y poemas sobre la moral y sobre la historia. En este cuerpo tomaban asiento los tres príncipes de los Estados confederados, deliberaban acerca del mérito de las piezas que se leian,

y distribuian entre los competidores que sacaban la ventaja, premios de gran valia.¹

Estas son las noticias que nos han quedado de aquella academia, que está uno muy distante de esperarse entre los bárbaros de América, y que dan un testimonio mas concluyente de su civilizacion, que las soberbias ruinas que cubren algunas partes del continente. La arquitectura es hasta cierto punto un adelanto material destinado á formar el placer de los sentidos; se dirige al de la vista, y es el mejor teatro para que un pueblo bárbaro despliegue toda su pompa y esplendor: es la obra en que un pueblo semiculto está mas dispuesto á disipar sus riquezas; y los mas bellos, ostentosos y aun estúpidos monumentos de esta clase, suelen ser la obra de tales manos, porque la arquitectura es uno de los primeros pasos en la carrera de la civilizacion. Pero la institucion de que hemos hablado, prueba evidentemente una civilizacion mas adelan-

1 Ixtlilxochitl, Hist. Chich. M. S., cap. 36. Ciavijero, Hist. de Mexico, tom. 2º, pág. 137. Veytia, op. cit. lib. 3, cap. 7.

«Concurrían á este consejo las tres cabezas del imperio en ciertos dias, á oír cantar las poesías históricas antiguas, modernas para instruirse de toda su historia, y tambien cuando habia algun nuevo invento en cualquiera facultad, para examinarlo, aprobarlo ó reprobalo. Delante de las sillas de los reyes habia una gran mesa cargada de joyas de oro y plata, pedrería, plumas y otras cosas estimables y en los rincones de la sala muchos diamantes de todas calidades, para premiar á las habilidades y estímulo de los profesores; las cuales alhajas repartian los reyes en los dias que concurrían, á los que se aventajaban en el ejercicio de sus facultades.» Ibid.

tada, porque muestra cierta especie de lujo literario, un gran gusto delicado en toda la nacion por ciertos placeres puramente intelectuales.

Donde mas benéfica era la influencia de esa academia, era en la capital, que así no solo era el plantel de todas las ciencias cultivadas por los sabios de la época, sino el repertorio de todas las artes útiles y de lujo. Los historiadores, oradores y poetas, eran famosos en todo el país.¹ Los archivos en que estaban atesoradas todas las riquezas literarias de los siglos anteriores,² tenían local acomodado en el mismo palacio real. Su lengua, mas culta que la mexicana, era el dialecto mas pulido de la lengua *Nahuatl* y aun por algun tiempo despues de la conquista continuó siendo la en que estaban escritas las mejores producciones de los indios. Tezcuco puede reclamar para sí con justo orgullo, el título de la Atenas del mundo occidental.³

1 Veytia, op. cit. lib. 3 cap. 7. Clavijero, op. cit., tomo 1º, pág. 247.

Este último cuenta cuatro historiadores, algunos muy afamados, descendientes del rey Netzahualcōyōtl. Véase su noticia de los escritos, tom. 1º págs. 6, 21.

2 En la ciudad real de Tezcuco estaban los archivos reales de las cosas referidas, por haber sido la metrópoli de todas las ciencias, usos y buenas costumbres, porque los reyes que fueron á ella se preciaron de esto.» (*Ixtlilxochitl Hist. Chichi. M. S., Prólogo.*) De los pobres restos de estos documentos, tan cuidadosamente guardados por sus antepasados, es de donde sacó el historiador, segun nos cuenta el mismo, los materiales para la formacion de sus escritos.

3 «Aunque es tenuta la lengua mexicana por materna, y la tezcucana por mas cortesana y pulida.» (Camargo, Historia de Tlaxca-

Entre los poetas mas ilustres estaba el emperador mismo; es decir, el monarca de Tezcuco, á quien empeñosamente dan tal título los escritores de esa nacion. Varias veces se presentó como uno de los lidiadores en los certámenes ante aquella academia en que tan frecuentemente ocupaba el lugar del crítico. Muchos de sus cantares han pasado hasta la última posteridad, y acaso estarán sepultados en algunos de los polvientos repertorios de México ó España.¹ El historiador Ixtlilxochitl nos ha dejado una version en castellano, de una de las obras de su real progenitor. No es fácil traducirla en versos ingleses sin hacerle perder toda su gracia, haciéndole pasar por dos lenguas diversas.² Esas odas nos recuerdan las ricas inspiraciones de la poesía arábica de España, de esa poesía en que el ardor de la imaginacion está templado por una grata y tierna me-

lan, M. S.) «Tezcuco, dice Boturini, donde los señores de la tierra mandaban á sus hijos para aprender *lo mas precioso de la lengua Náhuatl*, la Poesía, la Filosofía Moral, la Teología gentílica, la Astronomía, Medicina y la Historia.» Idem, pág. 142.

1 «Compuso LX cantares,» dice el autor últimamente citado, «que quizás tambien habrán perecido en las manos incendiarias de los ignorantes.» Idea, pág. 79. Boturini ha dado la traduccion de dos de ellos, en su Catálogo, y posteriormente se ha publicado la de otro mas.

2 No obstante las grandes dificultades de la empresa, se ha prestado cortesmente á acometerla un amigo, quien al mismo tiempo que en la traduccion, se ha ceñido fidelísimamente al texto castellano; ha dado á aquella una gracia y soltura que probablemente aventajan á las de la version castellana, y quizás tambien á las del original mexicano. Véase en el Apéndice, parte 2ª, estas dos traducciones.